

8. Ayudar a no huir

Según San Benito la unidad en Cristo, en su perfección, no es sino amor. Lo describe al final del capítulo 7 sobre la humildad:

"Después de haber escalado todos estos grados de humildad, el monje pronto [*mox*] alcanzará este amor de Dios [*ad caritatem Dei*], que habiendo llegado a ser perfecto aleja el temor. Gracias a este amor logrará fácilmente, como naturalmente y por costumbre, lo que antes había observado sólo con miedo. Ya no actuará por temor al infierno, sino por amor a Cristo [*amore Christi*], por la costumbre misma del bien y por la atracción de las virtudes. Esto es lo que el Señor se dignará manifestar en su siervo, purificado de sus defectos y pecados, por el Espíritu Santo" (RB 7, 67-70).

La estabilidad en la presencia de Dios genera una humanidad constituida por la Trinidad, movida por el Amor Trinitario. La cumbre de la mística y de la moral benedictina es la unidad de la persona en la participación en el Amor de las Tres Personas Divinas, cuando la relación amorosa con el Padre y el Hijo, a través del Espíritu Santo, define la conciencia de sí mismo y de Dios, lo que hacemos y lo que somos.

San Benito se preocupa por asegurarnos que lograremos esto "pronto - *mox*". Por supuesto, esto sucede después de haber subido todos los grados de humildad, pero entendemos que Benito sabe que está tratando con gente apresurada, que tiene dificultades para comprometerse en un trabajo a largo plazo. También tiene esta preocupación al final del Prólogo: "No huyas [refugias] en seguida, sobrecogido de temor, el camino de la salvación, que forzosamente ha de iniciarse con un comienzo estrecho. Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios" (RB Pról. 48-49).

No podemos continuar en un camino que quiere llevarnos tan alto, a esta conversión trinitaria de toda nuestra persona, sin ser apoyados por un estímulo paterno y fraterno que nos acompaña, por un acompañamiento que nos enseña a no ceder al miedo, a no huir "del camino de la salvación". San Benito utiliza el verbo "*refugere*", que parece dar la idea de "huir de nuevo", de huir por segunda vez. Sabemos que para él todo aquel que viene al monasterio es un hijo perdido como el de la parábola del Padre misericordioso que regresa al hogar paterno (cf. RB Prol. 2), para aprender a permanecer allí, a volver a ser hijo, a recobrar la conciencia, quizás nunca realmente percibida, de la bondad del Padre que quiere su bien, la plenitud de su vida, su alegría y su libertad para amar.

Salir del monasterio, el camino de conversión que debe proponerse en la vida monástica, es para cada monje o monja como una segunda huida, de la que será muy difícil volver. Sabemos que San Benito admite por tres veces la vuelta de estos monjes inestables (RB 29). Sabe que un camino de estabilidad para siempre no empieza para todos con facilidad. A menudo necesitamos experimentar de nuevo la distancia, estar perdidos, para volver con una conciencia más aguda a la estabilidad que nos hace crecer interiormente en la plenitud.

Me parece importante que el hombre y la mujer de hoy atesoren esta capacidad de animación, de acompañamiento y de paciencia que nos muestra San Benito. Pero entendemos que también requiere una conversión de nosotros mismos que hemos vivido en la casa del Padre durante tanto tiempo; que, como el hermano mayor de la parábola, puede ser que nunca hayamos huido... (al menos externamente; pero ¡cuántas salidas podemos experimentar mientras permanecemos físicamente en el monasterio!). ¿Sabemos realmente cómo asegurar este ánimo, esta ayuda paterna y materna, y también fraterna, a aquellos que nos gustaría que vinieran y se quedaran para seguir con nosotros el camino de la salvación? ¿Sabemos dar testimonio de que realmente conseguimos "pronto - *mox*" experimentar el amor de Dios que destierra el miedo? ¿Y damos realmente testimonio de esta unificación trinitaria de la persona, por imperfecta y pobre que sea en esta tierra, pero que San Benito atestigua que es muy real?

Es cierto que los jóvenes de hoy pueden ser más inestables que los de otras generaciones. La definición de los monjes giróvagos podría aplicarse fácilmente a ellos: "*semper vagi et numquam stabiles, et propriis voluptatibus et gulae inlecebris servientes* - Siempre errantes y nunca estables, se limitan a servir a sus propias voluntades y a los deleites de la gula" (RB 1,11). Prefiero aplicarles la definición que san Benito da del hermano excomulgado, que debe ser consolado por "*seniores sapientes fratres*", hermanos ancianos y sabios (RB 27,2): lo llama "*frater fluctuans* - hermano fluctuante" (cf. 27,3). Fluctuar, ser arrojado a la superficie del agua, como un naufrago, es en realidad una imagen de inestabilidad que se aplica bien a muchos jóvenes y no tan jóvenes de nuestro tiempo. Y a menudo es una inestabilidad inocente que no generan ni eligen por sí mismos, sino que encuentran en una sociedad, en una cultura, en una mentalidad dominante que es "líquida" y temblorosa, que no les permite asentarse, descender a la tierra, o al menos anclarse en alguna parte.

Pero es precisamente esta situación, esta condición, la que hace que la propuesta de San Benito sea aún más relevante, más urgente, más necesaria para consolar verdaderamente al hombre de hoy. Dice que los "*senpectae*" deben "consolar en secreto - *secrete consolentur*" (27,3) al hermano fluctuante. El hombre contemporáneo, en efecto, con frecuencia no se da cuenta de que necesita consuelo, en el sentido etimológico del término: que necesita que alguien acompañe su soledad, su aislamiento, su autonomía destructiva, su individualismo, que sofoca en él la imagen de Dios que lo llama a la entrega, a la relación fraterna, a encontrar su vida perdiéndola por los demás.